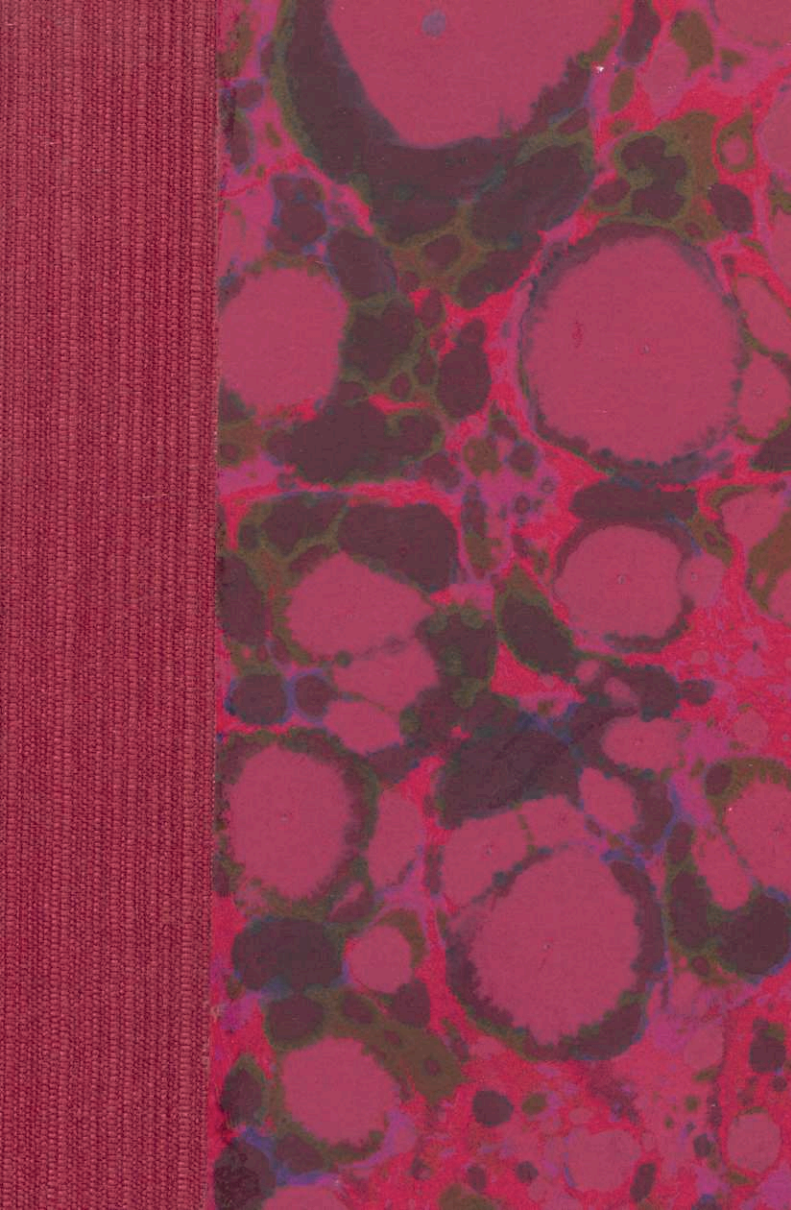




ANT

XIX

1348

3.4

A don Fernando de Gahíel y Ruiz
de apodaca

Su agraduado amigo
Ant. de Hatoz

ALGUNAS POESIAS

EN OBSEQUIO
A LOS INGENIOS AMIGOS QUE SE HAN DIGNADO
TRADUCIR Ó IMITAR MIS HUMILDES
VERSOS.

ANTONIO DE LATOUR.

Paris, 1º de noviembre de 1875

20 cmf

R. 74812.



ALGUNAS POESIAS

DE

DON ANTONIO DE LATOUR

TRADUCIDAS AL CASTELLANO Ó IMITADAS

POR

VARIOS INGENIOS ESPANOLES

Y

PRECEDIDAS DEL DISCURSO

POR EL AUTOR

LEIDO ANTE LA REAL ACADEMIA DE BUENAS LETRAS DE SEVILLA

EN EL DIA DE SU RECEPCION PÚBLICA

EL 9 DE MAYO DE 1838



SCEAUX

IMPRENTA DE M. Y P.-E. CHARAIRE

42, CALLE HOUDAN, 42

1875

DISCURSO

SEÑORES,

Desde el momento en que quise prepararme para tomar en esta Real Academia el asiento con que hoy brinda la benevolencia á la buena voluntad, me asaltó un pensamiento que estuvo á punto de paralizar la expresion de mi gratitud : el de cómo y en qué idioma habia de daros las gracias por tan señalado favor, y si no sería demasiado presumir de mi escaso talento el intentar dirigiros la palabra en una lengua que no es la mia natal. Sin embargo, y á pesar de tan grave dificultad, quiero emprenderlo, con la esperanza de que en el mismo esfuerzo aparecerá mejor la terminante prueba de mi profundo agradecimiento y de lo poco acreedor que soy á vuestras bondades, en términos de que si alguna vez hu-

biera aspirado á este asiento, en el acto mismo de tomar posesion, hubiese caido sobre mí el merecido castigo de tan atrevida ambicion, al verme obligado á hablaros en castellano y de asuntos que ántes habiais de enseñarme.*

Y ahora que se trata no solamente de expresaros con palabras sentidas mi gratitud, sino tambien de pagaros la deuda de la eleccion que os habeis servido hacer de mí para tomar parte en vuestras tareas, discurriendo públicamente y ante tan escogido concurso sobre algun punto que interese á las Letras ¿cómo supliré todo lo que para poder realizarlo me falta, y dónde hallaré pensamientos que justifiquen tan inmerecida indulgencia? Si bien he podido escribir en francés, y dirigiéndome á lectores franceses, sobre cosas de España, sus poetas sublimes, sus brillantes pintores, sus grandiosos monumentos, ¿será esto motivo bastante para que me atreva á discurrir de España en España y en presencia de tan ilustres académicos españoles? Si por excesiva bondad olvidásteis al elegirme, que soy extrangero, demasiado lo habeis de recordar oyéndome. Pero no. Salgan á lo ménos mis palabras de boca amiga y castellana ¹. Así podrán revestirse de algun alhago que os alucine.

¿Mas de qué ó de quién trataré en este discurso á que me obligan los prudentes estatutos de esta Real Aca-

1. Alude á que este discurso debia ser leído, como en efecto lo fué, por el secretario 1º de la Academia, Sr. D. Fernando de Gabriel y Ruiz de Apodaca.

demia? Pudiera hablaros de Pedro Corneille, y de sus grandes imitaciones de Calderon, de Guillen de Castro, de Alarcon; pudiera hacerlo de Lesage, otro deudor del génio español. Pero son argumentos harto ventilados, y suscitarian cuestiones demasiado graves para resolverse en este momento. Cuarenta años despues de muerto el que me permitireis llamar autor, no traductor, del *Gil Blas* hubo un tercer escritor, compatriota mio, que, movido hácia España de iguales ó mas vivas simpatías, dió á conocer y hasta hizo populares en Francia otros héroes de la historia, otros personajes de la novela, otros rasgos de la poesía castellana. Tal fué el caballero de Florian.

Puede afirmarse que Florian, cuya madre era española, mamó con la leche el amor á las musas castellanas, y huérfano desde la niñez, cuando buscaba su consuelo y sus delicias en el regazo de la literatura española, no hacia sino tributar un involuntario homenaje á la dulce memoria de la que le dió el ser. Y yo, Señores, tratando aquí de la vida y obras de Florian, ¿qué voy á hacer sino tratar de las letras castellanas?

Juan Pedro Claris de Florian nació el 6 de mayo de 1755, en la provincia de Languedoc, en la casa solariega de su antigua familia. Pasaron allí sus primeros años en aquella melancolía harto natural en una familia donde falta la madre. Florian piadosamente educado entre los recuerdos de la suya, se acostumbraba á hablar

la lengua de Castilla y á manejar libros escritos en ella, tierno legado de aquella á quien lloraba.

En aquella casa solitaria, en aquella vida campestre, en aquellos estudios apasionados, iba adquiriendo con la inclinacion, cada dia mayor, á los ingénios españoles, el amor á la naturaleza, á las buenas costumbres, á la paz de los bosques, á la sencillez pastoril que constituye el principal mérito de sus obras, y no es por tanto de extrañar que, al tomar la pluma por primera vez, se dejase arrastrar de la tentacion ingénua de imitar á Cervantes, en su *Galatea*.

Pero no nos anticipemos al transcurso del tiempo. No bien hubo Florian cumplido trece años, cuando dejó su casa paterna para ser admitido entre los pajes del duque de Penthièvre, nieto de Luís XIV y príncipe virtuoso, cuya hija, casada con el duque de Orléans, fué madre del rey Luis Felipe. Aquel buen príncipe vivia entónces léjos de la córte, consagrado únicamente á los infelices, y siendo mirado por todos como un santo, justamente cuando estaba á punto de sonar en el reloj de los siglos aquella hora fatal en que bastaba ser santo y de régia estirpe para morir en el cadalso. Creció Florian en aquella atmósfera pura y saludable, de todos bien quisto, y con especialidad de su augusto señor, hasta que, hecho ya hombre, fué nombrado oficial y poco despues destinado de capitan al regimiento de caballería mandado por el duque. Habitado este á tener á Florian á su lado

llamóle otra vez á su cuarto, y sin dejar de pertenecer al ejército, quedó Florian de gentil-hombre suyo. Conociendo el duque su alma benéfica, sus nobles sentimientos, su trato amable y delicado, le encargó la reparticion de sus limosnas, y Florian no solo cumplia con caritativa solicitud deber tan grato á su corazon, sino que viendo que, por efecto de su carácter melancólico no conseguia el príncipe ser feliz, á pesar de los beneficios que á manos llenas derramaba, se esforzaba tambien por mitigar la tristeza de su bienhechor, no lográndolo sin embargo las mas veces. Si veia al duque silencioso y abatido acercábase á él respetuosamente y le refería cuentos, chistes y anécdotas, pero sin traspasar nunca ciertos límites y no atreviéndose sino rara vez á hablarle de alguna de aquellas travesuras de su primera juventud cuya relacion lleva el título de *Memorias de un joven español*. No tiene, en verdad, nada de español este libro, y si de él hago mencion es solo para hacer ver el pensamiento constante que guiaba á Florian en todo lo que escribia y que le movia siempre á dar un mismo colorido á todos sus conceptos.

No obstante, no tuvo presente á España sino á Italia, cuando, para entretener al duque de Penthièvre, sin que saliera de su palacio, compuso y representó delante de él algunas comedias que con gusto hubiera llamado sainetes y en las que desarrolló, á su manera, todo el romance de los amores de Arlequin y Colombina. Pero el alma deli-

cada del duque tuvo escrúpulo de presenciar, aun en su casa, tan sencillas y morales escenas y de improviso se cerró el teatro levantado sin prévia licencia del régio espectador.

No hubo apelacion, y Florian se vió en la necesidad de llevar sus obras á otro público, ménos contentadizo todavía, el de Paris. Vivía aun Voltaire, y ¿quién podía entonces lisonjearse con la idea de agradar á unos lectores que al despertar encontraban cada dia á su cabecera algun nuevo folleto del terrible hechicero de Ferney? Pero no obstante, aquel mismo público corrompido con tantas obras pegajosas, estaba ya conquistado por Florian y podia contar en él con muchos de esos amigos desconocidos que siempre atrae á su autor un libro interesante. Este beneficio tan poco comun lo debia Florian á su *Galatea*, hablemos mas claro, á Cervantes.

Estrañarán algunos que Florian, teniendo á la mano el inmortal *Quijote*, se dedicára á la *Galatea*; pero, Señores, tenia entónces veinte y siete años, y no es esta la edad en que de veras se aprecia el *Quijote*. ¿Quién de vosotros no se puso alguna vez, en su primera juventud, de parte del valiente hidalgo contra su cruel historiador? Con el transcurso de los años, y conforme se va dejando á cada paso que damos en la vida alguna prenda del tesoro de las ilusiones, se va tambien descubriendo el que encierra aquella divina novela. ¡Qué conocimiento del corazon humano, de sus elevados sentimientos, de sus

flaquezas, de sus maldades, de sus infinitas ridiculeces! El mismo Cervantes pasaba de cuarenta años, cuando escribió su epopeya cómica. Era á la sazón pobre, se hallaba desanimado y desempeñando en esta misma ciudad, hoy tan justamente orgullosa de su efímera mansion en ella, no sé que oscuro destino. En el sublime y sereno santuario de su alma guardaba lo que nunca se enajena ni se pierde, la elevación de los sentimientos, el amor á la patria, á la virtud, á la gloria, á la humanidad, en cuya contemplación se engrandece el poeta, sosiega el filósofo, descansa el cristiano. El manco de Lepanto obscurecido hasta el punto de ser humilde dependiente de Antonio de Guevara, sabía no obstante mejor que nadie los inmensos horizontes que abrazan las esperanzas juveniles y lo poco que alcanzan en este mundo los mas generosos esfuerzos de la virtud. Lleva el *Quijote* el doble sello de la experiencia que acobarda y de los nobles instintos que arrebatan. Honor eterno del génio de Cervantes será el haber pintado en su obra con igual maestría los dos extremos de la vida humana.

Sin embargo, en otros tiempos, enamorado y lleno de dulces esperanzas, se habia complacido en componer la *Galatea*. Así como España descansaba entonces de tantas y tan maravillosas proezas, leyendo versos y novelas pastoriles, él escribía una de estas para reponerse de su herida en la famosa Jornada, y de su cautiverio en Argel. En este cuadro novelesco infundía todos los amores de su

mente, todos los vuelos de su fantasía poética, y esto á tal punto que, al leer la *Galatea*, se vive la juventud de Cervantes. ¿Que se encuentra, á primera vista, en la *Galatea*? Aventuras de zagales, descripciones del campo, versos cantados en las riberas del Tajo, sueños á la sombra de los árboles y al susurro de las fuentes, sútiles discursos sobre el amor, los celos, la poesía. Ciertamente; pero además de su significacion pastoril y poética, tiene otra la *Galatea*, alegórica, ó por mejor decir histórica, en la que se traslucen los amores, las amistades, las ideas de Cervantes. Sabido es de vosotros y de todos los biógrafos de España, que Elicio es el mismo Cervantes, que Galatea puede llamarse mejor doña Catalina de Palacios y Salazar, y que para los contemporáneos de Cervantes, Hurtado de Mendoza, Alonso de Ercilla, Montalvo, Barahona de Soto y otros muchos, venian poco disfrazados con los nombres de Tirsi, de Damon y de Meliso.

En cuanto á los hechos, en el libro quinto, donde refiere Timbrio como fué preso en el mar por Arnaute Mamí ¿quién pudo animar la relacion con tan vivos colores sino aquel que, cautivado por la misma escuadra, se vió conducido á Argel por uno de los bajeles de Mamí?

Pero lo que mas me encanta en la *Galatea*, es que, á cada momento, se va revelando, y quizás sin saberlo el mismo Cervantes, el que habia de escribir el *Quijote*. Hay en ella caractéres bosquejados que, mas completos y con mas realce dibujados, tomarán en la obra posterior

su verdadero é inmortal nombre. Así la austera Gelasia se llamará Marcela, pero ya en el hermoso soneto :

Quién dejará del verde prado umbroso, etc.

se lee el discurso elocuente en que Marcela, disculpándose de la muerte del pastor enamorado, dice que siempre han sido y serán del campo sus amores. ¿Y las bodas de Daranio y Silveria no se parecen mucho á las de Camacho y Quiteria, diferenciándose solo en que la imaginacion de Cervantes, mas sosegada con los años, va considerando las cosas por su lado festivo, y dá á los amoríos de Basilio un desenlace digno de Moreto ó de Tirso de Molina?

Ya Cervantes habia escrito y publicado la primera parte del *Ingenioso hidalgo*, cuando ofreció la segunda de *Galatea*. Creen algunos que se perdió el manuscrito; pero yo creo que nunca se escribió, ó que nunca quiso publicarlo Cervantes, y para ello estimo que tuvo dos motivos. El primero que ya habia perdido aquella frescura de imaginacion que requiere una obra de semejante índole, el segundo que ya el desenlace de *Galatea* era cosa de todos conocida, pues al año siguiente de publicada esta novela, la pastora Galatea habiase casado con el pastor Elicio, es decir, Cervantes con Catalina de Palacios.

En la época en que Florian tuvo el pensamiento de trasladar á las praderas del Sena la hermosa pastora del

Tajo, reinaba en Francia Luis XVI, y á la sazón habia invadido á todos no sé que capricho vehemente que arrasaba los ánimos hácia la naturaleza y la inocencia del campo. Por lo ménos se habia hecho de moda hablar de las verdes praderas, de los arroyos, de las noches estrelladas. Miéntras se preparaba la sangrienta tragedia que iba á espantar al mundo entero, se encantaban las imaginaciones ociosas con los amoríos pastoriles. Florian era el poeta de semejante época, y como todo lo veia por los ojos de los ingénios castellanos, ántes de cantar á su Nemorino, hizo de la *Galatea* una imitacion elegante, completada y compendiada á un tiempo. Aparece la novela original adornada de mil gracias que solo tienen interés para lectores españoles. Dejólas Florian en el libro de Cervantes, y ese libro vino á parar, en su obra, en una sencilla égloga, mas escasa de descripciones, de diálogos, de episodios y sobre todo de versos, y tal cual pueden tolerarla lectores franceses, algo desdeñosos de este género de poesía y nada aficionados á largas narraciones. La poesía pastoril en España ha sido tan espontánea como la heroica, porque habiendo vivido siglos la mayor parte de los españoles ó en el campo ó en los campamentos, escogía sus personajes el poeta ya entre zagales, ya entre guerreros. No sucedió así en Francia. Muy pronto se acogieron sus habitantes á las ciudades y en ellas se desarrolló, entre la nobleza dedicada á las armas, y la multitud del campo compuesta de rudos é incansa-

bles labradores, una clase que con el tiempo vino á ser la parte mas inteligente de la nacion francesa. Á esta debia de agradarle la poesía heróica, la dramática, la satírica, pero no tanto la pastoril, siempre químerica y ficticia. Y si la obra de Florian tuvo tan feliz éxito fué debido á que los excesos y la exagerada delicadeza de la civilizacion habian despertado el gusto ó por mejor decir el sentimiento de una vida mas sencilla, cuya memoria se hallaba en los cuadros de los poetas, ya que no existia en las chozas de los pastores.

Tres años despues de la *Galatea*, Florian publicó con igual fortuna otras novelas que tendrán su mérito, pero cuya análisis no entra en el plan de este discurso. Dejó á parte el *Numa Pompilio* y la *Estela*, para llegar mas pronto á otra en la cual acudió Florian por segunda vez no solamente á los autores españoles, sino tambien á la misma historia de España. Me refiero á *Gonzalo de Córdoba*, novela publicada en el año 1791. Su argumento es el sitio de Granada, última y sublime jornada de un drama que abraza ocho siglos; donde la historia, mas poética que todas las novelas, agrupó al rededor de los reyes Católicos á casi todos los nietos ó herederos de los héroes que habia hecho famosos aquel duelo sin tregua entre Moros y Cristianos; de tal manera que cada uno de los antiguos campeones parecia revivir para acabar de una vez con su enemigo de tantos siglos. ¿Quién estrañará que el génio de un poeta se haya prendado de

tal asunto? Lo sensible es que Florian no sacase mayor partido de los elementos con que á porfía le brindaban la historia, la tradicion y la poesía. La novela de Florian tiene gracia é interés; está escrita con elegancia y *donaire*; sus descripciones son, hasta cierto punto, exactas; sus personajes simpáticos, su lenguaje vivo y noble. Pero ¿quién reconocería al gran capitan, tan chistoso á la vez y tan valiente, en aquel galan abrumado con sus suspiros? Suplicoos, Señores Académicos, que no leais el *Gonzalo*, despues de las *Guerras civiles de Granada* de Ginés Perez de Hita y de ese asombroso *Romancero*, manantial inagotable de toda poesia castellana, y que (perdónemelo Alonso de Ercilla) quedará siendo para los siglos venideros la verdadera epopeya de España, nueva *Iliada* en que resplandece todo el génio del inmortal poeta griego y en que España es á la par Aquiles y Homero.

Pero los que en Francia no habian leído á Perez de Hita ni el *Romancero* aplaudieron vivamente la nueva obra del cantor de Galatea. Está tan léjos el Sena del Genii y se parece tan poco el Louvre á la Alhambra, que nadie reparó en los falsos colores de que adolece el *Gonzalo*; y arrastrados por los sentimientos caballerescos, y por esa armonía de los nombres que hacía llorar á la célebre madame de Stael al oir solamente pronunciar estas palabras : *los naranjos de Granada* y *los limoneros de los Reyes moros*, no se enteraban los lectores, de si los que

Florian ponía ante sus ojos eran verdaderos Moros, Castellanos legítimos. Por mi parte he dejado pasar toda mi juventud ántes de reconvenir á Florian por no haber introducido ni una vez siquiera entre tantos héroes al gran Genovés que se halló tambien en el sitio de Granada, como para recordar á Castilla que faltando á los Cristianos un campo de batalla en España, iba él á abrirles otro, aun mas digno, pues con naciones que conquistar habia almas que salvar.

Aun cuando el *Gonzalo de Córdoba* de Florian haya perdido mucho de su brillo, su prólogo no ha desmerecido de la fama que al publicarse alcanzó. Es un resumen de la historia de los Moros en España, escrito con un estilo vivo, natural y llano. Á fines del siglo pasado, debia tener gran novedad en Francia semejante asunto, y hoy mismo, despues de publicada la historia de Conde y tantos otros documentos como se han dado á luz posteriormente, se admira todavía en este bosquejo una escrupulosidad singular, una clasificacion clara de los hechos, de las épocas, de las dinastías. El primero en Francia, y creo que en Europa, si se exceptúa á España, Florian acudió á los historiadores originales, á los documentos árabes, á memorias inéditas, y entre los que le ayudaron gustosos en su laboriosa tarea encuentro á uno cuyo nombre es en esta Academia de todos acatado, el recto jurisconsulto, el vehemente poeta, el ilustrado Académico D. Juan Pablo Forner ¿He acertado ó no, Seño-

res, en hablaros de Florian? Hubiéralo intentado aun cuando solo hubiese sido para aprovechar ocasion tan solemne de pagar á la Real Academia Sevillana la deuda de Florian y de la Francia.

Con tan simpáticos ensayos, con estudios tan constantes parece iba preparándose Florian, ó, mejor dicho, animándose para emprender una obra, sino de mas lucimiento, á lo ménos de mayor atrevimiento : la traduccion del *Quijote*. En ella empleó los últimos años de su vida, desgraciadamente muy corta y, murió antes de darla al público, pudiéndose indudablemente asegurar que Florian no la hubiera dado á luz tal como lo fué. Admiraba demasiado al *Quijote* para creer que de la vida y hechos del ingenioso Hidalgo, fuera posible hacer un compendio, como lo habia hecho, quizás con razon, de la *Galatea*. ¿ Témeria acaso exponer al buen Hidalgo á los desdenes de lectores burlones, y, por un sentimiento de amor filial, quiso encubrir á la vista la desnudez de su padre? Pero no habia remedio, pues desde el siglo anterior la obra de Cervantes, traducida al francés, sin faltarle ni una sílaba, se veia ya adoptada y admirada por todos. Séame licito pensar que Florian, meditándolo mas, hubiera refundido del todo su desgraciada traduccion.

Réstame, por fin, examinar una obra de Florian que nos ha de consolar de la anterior, y en la que le sirvió de guia tambien su aficion á los poetas españoles; aludo á su coleccion de *Fábulas*.

Ya he dicho como el duque de Penthièvre, cediendo à escrúpulos de conciencia, se asustó de ver en la escena hasta el inocente *Arlequin* de Florian. No por eso desistió este de combatir la melancolía del augusto príncipe ; pero, tomando otro giro, en lugar de comedias compuso fábulas. Solo era esto cambiar de teatro. En efecto, con una mano tan diestra como ligera levantó otra vez, en la córte del buen duque, aquel tablado imaginario en el cual La Fontaine había, durante treinta años y á la faz del siglo de Luís XIV, representado esa vasta comedia de cien actos cuya escena es el mundo entero. Así define la Fábula el gran fabulista, y él supo hacerla tan inmensa como la pinta.

Florian no tuvo tan desmesurada ambicion y es preciso confesar que si sus cómicos son nietos ó discípulos de los de La Fontaine, la raza ó la escuela aparece algo degenerada. ¿ Mas, no se dice lo mismo, cada dia de los hombres en general, y será quizás necesario que recuerde, en tan docto recinto, los versos del lírico latino? Sea lo que quiera, ménos épicos, si así puede decirse, pero de mas dulce trato, los animales de Florian agradan mucho á los niños y se saca de sus hechos y discursos una moral amable y sabrosa.

Volviendo á mi propósito, diré que no son todos Franceses, y que parte de ellos son Españoles. En efecto, miéntras Florian publicaba su *Galatea*, D. Tomas de Iriarte daba á luz sus fábulas literarias, notándose entre

los dos poetas la singular coincidencia de que la fama que ambos buscaron en composiciones de mas importancia, la deben en el dia á las fábulas que ambos compusieron. Una y otra coleccion se hallan hoy, en las dos literaturas, colocadas á una misma altura y van recordando, en la aceptacion general, el puesto que han perdido las demás obras de sus autores.

Pocas palabras diré sobre Iriarte, no obstante haber sido digno individuo de esta Real Academia. No se ha olvidado todavía la guerra suscitada, en la segunda mitad del siglo pasado, en el Parnaso castellano, lucha ruidosa, como las que ocurren con no escasa frecuencia en la historia literaria y que son otras tantas crisis fecundas y provechosas para la renovacion del génio nacional, cuando, ya cansado de seguir un mismo rumbo, se abre nuevo camino. Las exageraciones de Góngora y los excesos de su *Culteranismo* habian excitado una verdadera invasion de las letras extrangeras en España. En lugar de buscar otra vez en los antiguos poetas nacionales la sencillez y la claridad que iban desapareciendo por completo de la poesía castellana, acudieron los ingénios Españoles á buscarlas en los Franceses, y los mas distinguidos se dedicaron á traducir ó á imitar. Uno solo, entre muchos, tuvo bastante valor para resistir á los demás : el autor de la *Raquel*, D. Vicente García de la Huerta ; pero lo hizo con tanta aspereza, con tanto orgullo y con un desembarazo tan altanero, que nadie quiso seguirle y

como un toro en la plaza se vió de todos acosado. El que empuñaba entonces la bandera nacional fué calificado de loco, siendo obra de Iriarte el conocido epitafio :

De juicio sí, mas no de ingenio escaso,
Aquí Huerta el audaz descanso goza,
Deja un puesto vacante en el Parnaso
Y una jaula vacía en Zaragoza.

En este mismo epigrama se trasluce el aprecio que hacía Iriarte del talento de Huerta, y la posicion que en la refriega quiso ocupar, deduciéndose aun mejor esto mismo del siguiente exordio de una de sus fábulas :

De frase extranjera el mal pegadizo
Hoy á nuestro idioma gravemente aqueja,
Pero habrá quien piense que no habla castizo,
Si por lo anticuado lo usado no deja.

Esta posicion elegida por Iriarte era la del moderador que rechaza con igual energia tanto un lenguaje caido, ya en desuso por su antigüedad, como la imitacion servil de los modelos extranjeros. Sin embargo, tampoco se desdeñaba de traducir de vez en cuando ora una comedia de Destouches, ora una tragedia de Voltaire, y el mismo Huerta, ese agreste campeon de la nacionalidad, ¿no se dejó arrastrar un dia hasta traducir la Zaira? Confesemos, no obstante, que la disfrazó bajo el nombre mas duro de Jaira, vana y última protesta contra el mal gusto ante que sucumbia. En cuanto á Iriarte, nada per-

donaba para mantenerse en el lugar á que se habia retirado, ya saliendo á la defensa de la poesia nacional, ya recomendando la imitacion discreta de la elegancia francesa. Vive todavia en sus fábulas la oportuna templanza de sus ideas, fábulas, en verdad *literarias*, pues, en lugar de sentencias morales, dedúcense de ellas preceptos de buen gusto. Á Ésope, á Fedro, á La Fontaine debia ya la nacion ingeniosa de los animales el tener Sócrates, Alejandro y Césares. Iriarte la dotó de Aristóteles, Horacios y Listas. Escrita con el intento especial de enseñar las buenas letras, se hace la fábula una obra mas dificultosa; pues, segun la acertada reflexion del editor de Iriarte. « los animales tienen sus pasiones, y en ellas los inventores de fábulas han hallado propiedades de que hacer cómodas aplicaciones á los defectos humanos, en lo que pertenece á las costumbres. » Pero leen ó escriben versos? ¿no hemos oido quejarse al leon de que no sabian pintar los leones? ¿Cómo entónces, sin violentar la ley de las cosas, se convertirán los brutos en preceptores de buen gusto?

Iriarte, sin embargo, salió airoso de la empresa y con un donaire, con una oportunidad, con una frescura, que hacen de sus sesenta y siete fábulas un ramillete exquisito de la poesia castellana. Para que nada le falte de cuanto un poeta puede enseñar á otros poetas, quizás tambien para suplir, con la variedad de la versificacion, la de que están privados los argumentos, ha dado Iriarte en su

obra un modelo de casi todos los metros que se usan en el Parnaso español.

Habrán perdido sin duda las *Fábulas literarias* alguna parte del interés que tuvieron, cuando ardía la pelea. Aludía de seguro cada una de ellas á algun hecho contemporáneo; á cada uno de sus personajes se aplicaba sin duda algun nombre conocido que hacía mas picante la leccion del crítico; pero siempre queda la invencion original, la elegancia, la precision, el arte, y esa verdad que dá á las obras inmortal existencia.

Florian imitó á Iriarte. Él mismo dice en su prólogo: « Debo algunos de mis argumentos á Esópo, á Bidpay, á Gay, á los fabulistas alemanes; muchos mas á un español llamado Iriarte, á quien aprecio sobremanera y de quien he tomado mis apólogos mas interesantes. » Son estos los nueve siguientes: *El Mono y el Titiritero*. — *El Burro flautista*. — *La Parietaria y el tomillo*. — *El Erudito y el raton*. — *La Oruga y la zorra*. — *El Pollo y los dos gallos*. — *El Topo y otros animales*. — *El Volatin y su maestro*. — *La Vívora y la sanguijuela*.

Guardando á Iriarte el respeto debido, diré, sin embargo, que en sus fieles imitaciones Florian superó mas de una vez á su modelo. Ya no era este el gran Cervantes, y Florian, igual en talento á Iriarte, y sin tener que cuidarse de la invencion, pudo muy bien añadir á la obra primitiva gracias que la hacen suya y mas halagüeña. Florian acogia á los héroes de Iriarte, como en los poe-

mas de Homero se trata á los huéspedes, á quienes se quiere honrar, y á los que, antes de introducirlos en la sala del convite, se les viste con una túnica mas rica y se les regala alguna copa de oro, joya de los antepasados.

Cuando Florian escribió sus fábulas, la república literaria disfrutaba en Francia de la paz mas completa, y por eso no tienen el carácter exclusivo de las de Iriarte. En ellas, los consejos para formar el buen gusto van mezclados con sentencias morales; pero por otra parte no les falta tampoco su interés contemporáneo, y quien estuviere enterado de los pormenores de la vida del duque de Penthièvre, encontraria en las fábulas de Florian recuerdos disfrazados, discretas alusiones, y toda una crónica de religiosos pensamientos, de dias ocupados en obras de caridad, de melancólicos cuidados, de cristianas virtudes. No sé qué aroma de beneficencia y de piedad exhala todavía este libro.

Entretanto, despues de Iriarte y antes que Florian diera á luz sus fábulas, otro fabulista se hacía tambien célebre en España, Don Félix María de Samaniego, escritor de mas aprovechamiento moral, y de bastante gracia, pero de ménos originalidad que Iriarte. En su colleccion he contado hasta seis argumentos puestos tambien en verso por Florian, pero sin imitar, á lo que creo, al nuevo fabulista. Además de la extremada escrupulosidad de Florian, quien sin duda lo hubiera confesado,

es de observar que de los seis argumentos á que me he referido, cinco se hallan en el libro de Gay de donde es probable que uno y otro los tomasen. Pero queda el restante que pudiera ofrecer alguna duda. *El Ciudadano pastor* es, en proporciones sumamente reducidas, y como saben hasta los niños, un compendio, un reflejo, una sombra del Quijote, pues en él presenta el poeta á un jóven aprovechado que perdiendo el juicio con la lectura de los poemas pastoriles, se hace pastor, lo mismo que el buen hidalgo Quijada, Quesada ó Quijano se hizo caballero andante y que, del mismo modo que este, encuentra en la realidad de las cosas igual castigo á iguales desatinos. Cuando Florian cayó en el mismo pensamiento, acordóse no de Samaniego sino del mismo Cervantes. ¿No tenia acaso presente el capítulo en que vencido Don Quijote y condenado á dejar las armas por un año entero, arrójase luego á otra clase de locuras, y queriendo imitar á no sé que héroe de sus amados libros, dice al bueno de Sancho Panza : « Yo compraré algunas ovejas y todas las demás cosas que al pastoril ejercicio son necesarias, y yo llamándome el pastor Quijotiz y tú el pastor Pancino, nos andaremos por los montes, por las selvas y por los prados, cantando aquí, endechando allí, bebiendo de los cristales de las fuentes, ó ya de los arroyuelos ó de los caudalosos rios etc. » Sueños con la muerte olvidados. Ni aun viviendo el ingenioso hidalgo, hubiera añadido Cervantes otro poema á este, ni vuelto

tampoco á emprender contra los libros pastoriles la guerra tan felizmente terminada contra los de caballería; y no sé si contra poemas de aquella índole hubiera desplegado el autor de la *Galatea* tanta gracia y un estro tan decidido. Sea lo que quiera, contentóse Cervantes con la graciosa indicacion que acabamos de referir. Lo que soñaba el buen caballero lo ejecutó Florian en una fábula encantadora, homenaje supremo que tributa á Cervantes y por la que bien merece quedar absuelto de su incompleta traduccion del *Quijote*.

Poco tengo que añadir sobre los ultimos años de Florian. Cuando estalló la Revolncion francesa, no quiso abandonar su casa el Duque de Penthièvre, y apesar de tantas virtudes, vivió en ella olvidado. Pero no lo olvidó Forian quien, desterrado, volvió para recibir el postrer aliento de su bienhechor y amigo, y preso entónces estuvo á pique de perder la vida, como para demostrar el acierto con que la Revolucion escogia sus víctimas. ¿Qué tenia que ver, en efecto, con los verdugos populares el candoroso imitador de la *Galatea*, el autor de *Gonzalo de Córdoba* y de *Numa*, el historiador de los Moros de España, el simpático escritor de fábulas tan inocentes que sus amigos y á veces sus críticos decían que, entre tantas ovejas, no se veía ni siquiera un lobo? Dios quiso que nadie se acordára del encarcelado, y así pudo alcanzar el dia 9 del mes de Termidor. Puesto entónces en libertad, pero ya herido de

muerte, hizo una última visita al palacio donde habia disfrutado de tan magníficas temporadas, al lado de su virtuoso príncipe, y murió de languidez casi en sus umbrales. Tenia ménos de cuarenta años (1).

Así se apagó en el luto y en las lágrimas una vida que merecia haber sido tan serena como honrada. El nombre de Flórian conserva en gran parte su prestigio, pero no sucede lo mismo con sus obras, que salvo las *Fábulas*, han decaído mucho de la fama que alcanzaron. Otros poetas de mas valia é impulsados de un númen mas poderoso han renovado del todo la poesía francesa. Muchos son actualmente los que conociendo les idiomas extrangeros no necesitan intérpretes ni comentarios, y á estos no les bastan ya Florian y sus semejantes. Así lo quiere la ley del espíritu humano; pero otra ley, aun mas sagrada, nos obliga, à agradecer servicios por mas que hoy los estimamos inútiles. En Francia, está tambien ahora en moda el despreciar los dramas que de Shakespeare imitó un amigo de Florian, Ducis, gran poeta á pesar de todo; pero, merced á esas imitaciones que parecen hoy tan frias é insulsas, se han acostumbrado las imaginaciones á contemplar frente á frente al tremendo original. Le mismo que Ducis, Florian perteneció á esa familia de *iniciadores* (perdóneseme la palabra) que hacen poco, pero que ade-

(1) Murió Florian y yacen sus restos en este mismo pueblo de Sceaux donde se está imprimiendo el presente opúsculo. (A. de L.)

lantan mucho. La senda que Florian abrió con sus tímidos pasos era sumamente estrecha; honremos, sin embargo, á quien la hizo; pues, merced á ella, han podido llegar mas desembarazadamente los autores franceses al conocimiento del verdadero génio español.

Asi, pues, Señores Académicos, dignáos recibir mis rendidas gracias por haberos servido permitir que el Caballero de Florian, individuo que fué de la Real Academia Matritense de la Historia, haya tomado asiento, si tal puede decirse, antes que yo, en la silla que he debido á vuestra bondad y á la que él me ha conducido como de la mano.

HE DICHO.

POESIAS

I.

UNA VÍRGEN DE MURILLO

En el ruinoso convento,
Gala en piedad de Sevilla,
Cuando allí los Capuchinos
En humilde paz vivian,

En su huerta y triste claustro
Busqué al pintor de María,
En el hora en que su mente
Soñaba en sus obras místicas.

Que allí el piadoso Murillo
Tranquilo vió largos días;
Y en su celda, en que aspiraba
La pura y fragante brisa,

Que por reja humilde el aura
Bañada en azahar traia,
Milagros creó del arte
Que su génio immortalizan.

De dia pintaba; entrando
La noche, tan solo oia
Del cielo dulces leyendas,
Tesoro al alma sencilla,

Flores bellas que el espíritu
Con su encanto vigorizan,
Y elevándolo á la gloria
Muéstranle en ella la dicha.

Mas antes, desde el terrado,
Giraba atento la vista
Hácia el cristalino rio,
Ó á ver ^{al} morir el dia,

Los últimos resplandores
Con que á la tierra ilumina
Del muro huir, que aun refleja
De su númen la luz viva.

Un ~~padre~~ ^{pobre} lego, cuya alma
Nunca albergó la malicia,
En servir al pintor sacro
Su placer único cifra.

Embebido ante sus lienzos
Mil veces pudo el artista
Verle, adivinar queriendo
Sus bosquejos aun sin vida.

Un día que en sóbria mesa
Reparaba sus fatigas,
Notó al lego pensativo
Y sin la usada alegría,

Y en su actitud comprendiendo
Demanda alguna imprevista
Que el lego hacerle quisiera
Y á tanto no se atrevia,

Aliéntale, bondadoso
Y dícele — ¿qué meditas?
Habla pues. — Es que quisiera...
Mas no sé como os lo diga. —

-- ¿Un cuadro mio? — Os reíreis...
Cosa grande no ^{querria} quisiera,
Solo á lo mas dos cabezas :
Dios y su madre santísima.

Mi breve celda está llena
De imágenes y reliquias
Y tan solo queda un sitio
Que guardo para María.

Si vuestro gran San Antonio
Me diesen, tal maravilla
En mi estrecha y pobre celda
No pudiera hallar cabida.

La Madre solo y el Niño
Que en su regazo se agita;
Que escapar de ella parece,
Y que asustada lo evita.

Esto tan solo quisiera :
Vuestras vírgenes respiran
Aire tan dulce y tranquilo,
Mirada tan expresiva,

Que al contemplarlas absorto
Mi espíritu se extasía;
Aun ménos dulce es la leche
Que de su seno destila.

Y no lo digo yo solo,
Valdes Leal referia,
La otra tarde, que en Italia
Cierta Rafael cautiva.

Mi guardian dijo entonces :
« Comparar es injusticia
Á todos los extrangeros
Con nuestro sublime artista.

« Cuando yo llegué hasta Roma
Con peligrosas fatigas,
Ese Rafael famoso
Ya en el mundo no existia.

« Hoy viven otros y el Papa
Los honra y los patrocina;
Son admirables sus vírgenes
De faz y actitud divinas;

« Al cielo respeto infunden
En quien su belleza mira ;
Pero las nuestras parece
Que el cielo aquí las envia. »

No le respondió Murillo
Y, fin dando á la comida,
Al punto el jardin descende,
Que sus calles le atraian.

Por ellas vá pensativo,
Y esta vez el trato evita
De los bondadosos padres,
Y entre el ramaje cavila.

De Rafael la alta gloria
Su corazon noble agita,
Hasta que el céfiro manso
El volcan de su alma entibia.

Y viendo que aun de su mano
La servilleta pendia,
La pliega, sonríe y guárdala,
Que un designio en ello abriga.

El lego despues inquieto
Su buen corazon sentia,
Y viene y va colocando
En su lugar cada silla.

Y ordena el menaje y luego
Sin darse razon le quita;
Felice porque su anhelo
Al pintor mostrado habia.

« ¡ Quién sabe, entre sí exclamaba,
Si su inspiracion divina
Me otorgará generosa
Quizá el ócio de algun dia ! »

En tanto, nuevo cuidado
Le inquieta y le mortifica :
No encuentra una servilleta
Aunque todo lo registra.

« Sin duda, dice, el demonio,
Que solo del mal se cuida
La habrá tomado. » Murillo
No comprenderle fingia.

El sol, en esto, ocho veces
Radiante en el cielo brilla,
Y el buen lego busca en vano
La servilleta perdida.

Mas al fin una mañana
Murillo le tranquiliza,
Y dícele : — « no mas busques
Y toma tu lienzo y mira. »

La verdad, en él Murillo
Grabado su génio habia
Con mágia nueva : la Madre
Y el Niño allí se veian.

Confuso y absorto el lego
Á penas cayó á su vista,
Y á acercarse no se atreve
Á creacion tan peregrina.

Pero súbito repuesto :
« Un cirio ! » gozoso grita,
Y que Valdés aquí venga ;
Verá entonces, por mi vida,

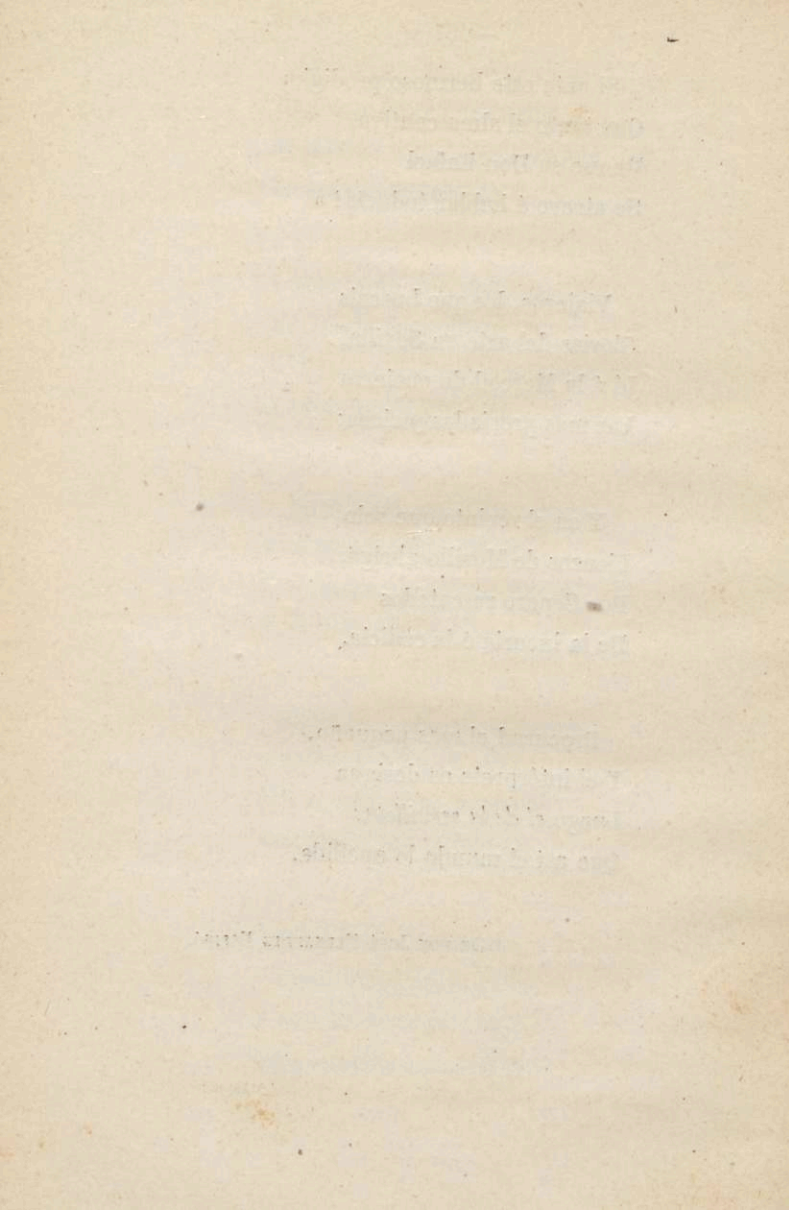
Si ante este hermoso prodigio,
Que tanto el alma cautiva,
De ese su Don Rafael
Se atreve á hablar todavía! »

Viajeros, los que buskais
Glorias del arte en Sevilla,
Id á la Merced do encierra
Las maspreciadas y ricas;

Y en el recinto que solo
Lienzos de Murillo abriga,
Por Cepero rescatados
De la incuria ó la codicia,

Procurad el mas pequeño,
Y el intérprete os designa
Luego *el de la servilleta*;
Que así el mundo lo apellida.

DE DON JOSÉ FERNANDEZ ESPINÓ.



II

LA CAMPANA Y EL PASAGERO

PASAGERO.

Campana que te cansaste
Con tres dias de sonar ¹,
Puesto que vienes de Roma,
Dime lo que viste allá.

CAMPANA.

Una cándida figura
Ví delante de un altar,
Que rezaba de rodillas
Por bien de todo mortal.

1. Las campanas, lo mismo en Madrid que en Paris, se van á Roma, el Jueves Santo, y vuelven el Sabado de gloria.

Es un rey, es un anciano
Colmado de magestad,
Y ante quien dirás que el tiempo
Con el ala inmoble está.
De ambos confines del mundo
Viene sobre él sin cesar,
Entre silvos, la amenaza
De horrosa tempestad,
Y á veces el sacerdote
Blanco, augusto, paternal,
Se vuelve manso y sonrie
Y bendice al huracan.
Y luego donde ha dejado
La frase sin acabar,
Torna de nuevo á nudarla
Con Dios, al pié del altar.
Pasagero, lo que en Roma
He visto escuchando estás...
Pues veinte siglos en Roma
Eso mismo han visto ya.

DE DON JUAN DE LA PEZUELA.

III

LA CAMPANA Y EL PASAJERO

OTRA VERSION

— Campana cuyos cantarés
Hace tres dias no oimos,
Puesto que vienes de Roma,
Dime lo que en Roma has visto.

— He visto un hermoso anciano
Al pie de un altar bendito
Por el humano linaje
Rogando humilde al Altísimo.
Es un monarca cercado
De magestad y prestigio
Ante quien parece el tiempo
Su curso haber detenido.

De ambos extremos del mundo
Lanza á su sagrado asilo
En son de fiera amenaza
La tempestad su rugido.
Cuando el sacerdote augusto
Oye el huracan bravío,
Se vuelve, sonrie afable,
Le bendice amorosísimo,
Y tornando á orar reanuda
La frase que ha interrumpido.
Pasajero que preguntas,
Esto es lo que en Roma he visto,
Y esto que yo he visto en Roma
Se vé allí hace veinte siglos.

IV

EL FARO DE DIOS

A F***

En alta mar.

Cuando una y otra vez surqué los mares
Que hora cruzando voy léjos de ti,
Dábame aliento entre las fieras ondas
El verte, ¡ oh mi tesoro ! junto á mí.

Gozoso entonces de las patrias costas
Al puerto del destino navegué,
Hora solo navego y Dios tan solo
Sabe á que puerto al cabo arribaré.

Mas, sabiéndolo Dios ¿ qué temer puedo ?
Hínchase en vano el mar en su furor,
Siempre serena y fuerte amiga diestra
Sobre él tu faro mantendrá, ¡ oh Señor !

Cuando airadas las olas se embravecen
Y todo es duelo y angustioso afán,
Álzase mas enhiesto el sacro faro
Y en el escollo sus fulgores dán.

enciende

Del que la mano del mortal ~~en viende~~
Bórrase el rayo lívido al lucir,
La tempestad lo oculta entre la espuma
Y tórnanos en noche á sumergir.

Mas el tuyo. ¡oh Señor! nítida lumbre
Que sin mañana existe y sin ayer,
Es consuelo del triste y luz del alma,
Es aquel á quien llámase DEBER.

DE DON FERNANDO DE GABRIEL Y RUIZ DE APODACA.

V

EL PASTORCITO

LEYENDA

A FERNAN CABALLERO

¡ Oh! inefable maravilla,
Divino ejemplo de amor,
Para referirle déme
Tu colorido y tu voz. —
Un mísero pastorcito
Su dulce madre perdió
Y de rodillas hincado
La encomendaba al Señor,
Pidiéndole fervoroso
Que en la celestial mansion
De los justos recibiese
Á la que el mundo dejó ;
Porque un santo sacerdote
Dijo : antes de ver á Dios,
Es necesario que el fuego
De su alma sea crisol.

Una noche en que volvía
A su albergue, el corazón
Triste, los ojos hinchados
Del llanto con el ardor,
Un alma del purgatorio
Al encuentro le salió.
Díjole : — « Niño, tu madre
Está gozando de Dios. »
El rapaz temblando todo
Con la extraña aparición,
Vino al suelo de rodillas
Y mudo se santiguó.
— « Tus cándidas oraciones,
El alma en pena siguió,
Esos amargos suspiros,
Esas lágrimas ¡ ay ! son
Inútiles sí ! tu madre
Está en la gloria ; mejor
Es que las tome, si quieres,
Pues que en las llamas estoy. »

— « Placéme, el niño replica,
Y al instante subir vió
En la oscuridad profunda
Silencioso resplandor.

Al alma desatendida
San Pedro gozoso abrió
Las puertas del paraíso,
Do brilla el eterno sol;
Y en el umbral deteniéndose,
Ansiosamente buscó
Á la madre afortunada
Del huerfanito pastor.
Por las huellas de sus lágrimas
Húmedas, de la afliccion
Pasada postrer vestigio,
El alma la conoció :
Aproximósele al punto
Y le dijo : — « ¿ Quereis vos
Que del pobre huerfanito
La madre tambien sea yo? »

DE DON JUAN JOSE BUENO.

VI

EL PASTORCITO

OTRA VERSION

!Quién pudiera narrar la dulce historia,
¡ El santo ejemplo que mi sér conmueve!
¡ Oh piadosa leyenda! ¡ Humana gloria
Se disipa á tu luz cual sombra leve!

Era un pastor : niño inocente y puro;
Á su madre perdió... Su madre tierna
Voló gozosa al inmortal seguro,
Do crece el árbol de la dicha eterna.

¡ Ay! pobre niño abandonado y solo!
¡ Solo en el mundo!... Mas, ¿ que importa al hombre
Abarcar desde un polo al otro polo
Si de *hijo* no recibe el dulce nombre!

Por esto el pastorcillo, noche y día,
En desolado llanto se anegaba,
Que á su madre amorosa no veía,
Cuando al negro tugurio regresaba.

— « En region transitoria de amargura,
Crisol hermoso de inmortal pureza,
La que lloras está, le dijo el cura,
¡ Reza por ella, pobre niño, reza ! »

¡ Rezó !... Una tarde, entre celajes rojos
Se iba ocultando el sol tras alto risco,
Y de tanto llorar ciegos los ojos,
Sus orejuelas dirigió al aprisco.

Mas pronto de la sombra tenebrosa
Surgió vívida luz... Un alma era,
Que el purgatorio abandonaba ansiosa,
Subiendo lentamente hácia la esfera.

Quedó estático al verla el pastorcillo
Resplandecer sobre el oscuro velo,
Y turbado el espíritu sencillo,
Una piadosa cruz trazó en el suelo.

— « Preces, llanto, suspiros, dijo el alma,
Nada á tu madre por su dicha importa,
Que ostenta junto á Dios gloriosa palma :
¡ Ay! ¡ ningun ruego mi trayecto acorta!

¿Quieres cederme, niño, esos suspiros
Lágrimas dulces y oracion amantes. »

— « ¡ Oh sí! » el niño clamó, y en raudos giros
Vió al espacio elevarse luz brillante.

Pedro, el guardian del cielo, sonriendo
Abrió las puertas del sagrario hermoso ;
Pero el alma su vuelo deteniendo
Buscó á la madre del zagal piadoso.

Conocióla... ¡ Quién deja los pedazos
Del corazon, placer no saborea!
— « ¿Quieres, dijo tendiéndola los brazos,
¿Quieres que yo tambien su madre sea? »

VII

EL CAMINO DE SAN TELMO

— « ¿En dónde está San Telmo? »

Preguntaba en Sevilla

Un viagero ganoso

De ver obras artísticas ;

Y un transeunte díjole :

— « La direccion es fija :

Seguid á un cualquier pobre

Y será vuestro guia. »

DE DON JUAN JOSE BUENO.

MIND OF THE FUTURE

— the future will be a new world.

— the future will be a new world.

— the future will be a new world.

— the future will be a new world.

— the future will be a new world.

— the future will be a new world.

— the future will be a new world.

— the future will be a new world.

— the future will be a new world.

— the future will be a new world.

VIII

AL SEÑOR DON FERMIN DE IRIBARREN

Imitacion de un bellissimo soneto.

EL CRUCIFIJO

Si yo, Iribarren, tuviera
El sagrado crucifijo,
Que por tus lábios parece
Exhalar tiernos gemidos;

Si poseyera esa efigie,
Esfuerzo, raro prodigio
De aquel cincel sobrehumano
Que un ángel ha dirigido;

Al desgraciado Renan
Que un tiempo adoró sumiso
Al buen Jesus y es ahora
Su mas cruel enemigo,

Diria con blando acento
Y lágrimas y suspiros ;
« Porque en el Jordan lo buscas
Ó de Oriente en el camino?

« ¡ Infeliz! aquí lo tienes ;
Él te mira compasivo,
Y cual descarriada oveja,
Te llama á su santo aprisco.

« Contempla la imágen viva ;
Ya que en Salen no ha podido
Tu corazon encontrarla,
Por su helado excepticismo. »

Al oirme, de fé ardiente
Tal vez el fuego divino
De nuevo ardiera en su pecho,
Como en sus años floridos ;

Y ante esa cruz venerando,
Con mano firme su libro,
Dando de humildad ejemplo,
Quemaria arrepentido.

Dichoso yo si escuchara
Al historiador contrito
Exclamar de eficaz gracia
Con el celestial auxilio :

« Si del justo las virtudes
En Judea solo he visto,
Hoy á Dios en esta efigie
Contemplan los ojos míos! »

DE DON GASPAR BONO SERRANO.

IX

A LOS DEMOLEDORES

DEL ARCO DE SANCHE ORTIZ ¹

Cuando cayó el noble Bustos,
Al golpe de fuerte espada,
Con desfallecida mano
Á este arco señalaba :
« Que pase la noche, dijo,
Que torne á lucir el alba,
Mientras erguido aparezca,
Treguas no tendrán tus ansias,
Ortiz, recordando siempre
Que sin compasion me matas. »

1. Bajo este arco el Cid de Andalucia retó y mató, por orden del rey, á Bustos, amigo suyo y hermano de su prometida.

Cayó el arco que sombríos
Recuerdos atesoraba :
Testigo anciano de Bustos,
Tu muerte fué decretada.
Hora, al contemplar tus restos,
En la noche solitaria,
Mientras las trágicas sombras
De entrambos evoca el alma,
« Ortiz está perdonado, »
Misteriosa voz exclama.

¡ Ah! fué de su edad el crimen
No de él; que si el rey hablaba,
Era obedecer forzoso ;
Y su abnegacion fué tanta,
Que fiero mató al amigo,
Amando tierno á su hermana,
Y con tranquilo semblante
Despues, y con fria calma
Tornóse á buscar la muerte
De Bustos á la morada.

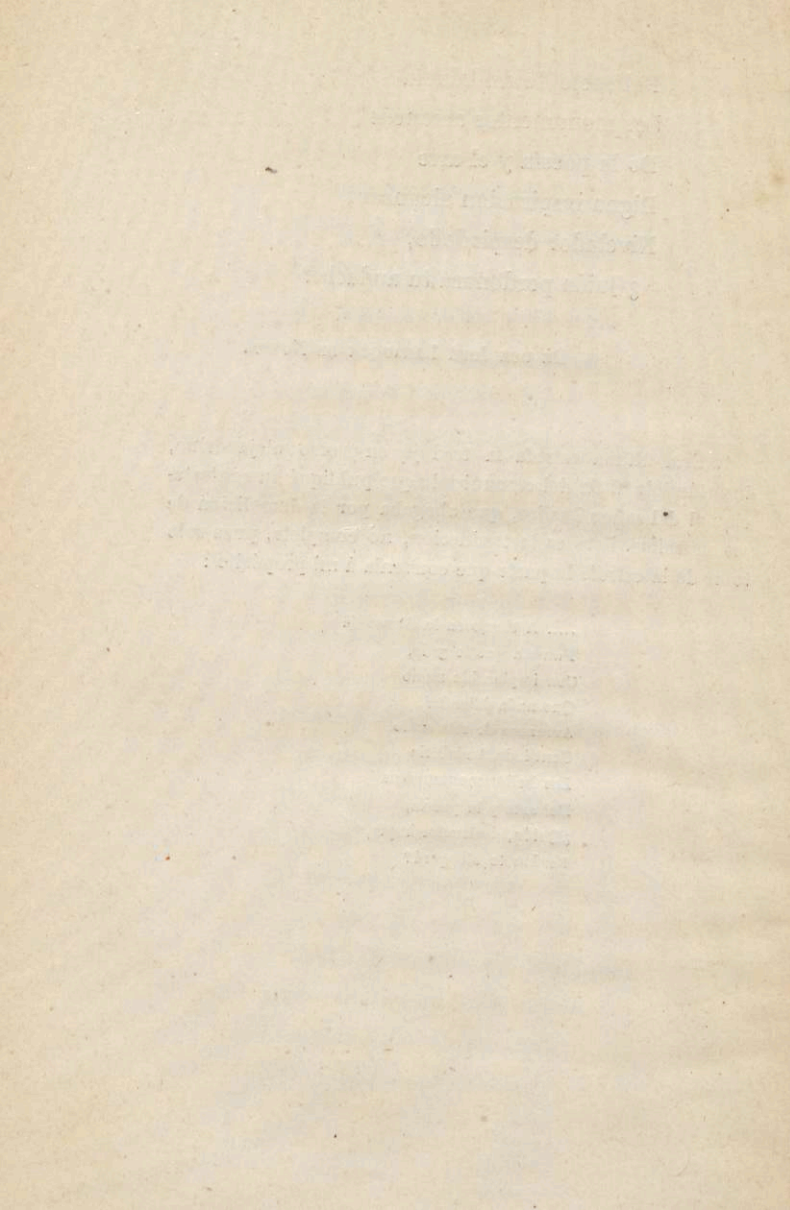
Bravo Ortiz, duerme tranquilo :
Mas á tí que, en furia insana,
Con mano que en adelante
No podrá detener nada,

Del suelo de Andalucía
Los monumentos arrancas
Do la poesía y el arte
Digna inspiracion alcanzan,
Nivelador despiadado,
¿Quién perdonará tu audacia?

DE DON JOSÉ LAMARQUE DE NOVOA.

1. Esta última estrofa la traduje en verso alejandrino, insertándola al fin del comunicado que publiqué en contestacion al del señor Cuadra, que abogaba por la demolicion de as murallas. Esta es la traduccion, no completa, pues solo tomé de la estrofa la parte que convenia á mi propósito :

..... A tí que en la demencia
Funesta que te guía,
Con implacable mano
Que nada detendrá,
Arrancas de este suelo
Gentil de Andalucía
Los bellos monumentos
Del arte y la poesía,
¿Quién, destructor impío,
Perdon te otorgará?



X

LA CASA DE HERNAN CORTÉS

Á LA REINA DE CASTILLEJA

Un palacio de Oriente, en la risueña falda,
Que en pliegues tiende al Betis su manto de esmeralda,
Un génio levantó.

Antigua y venerada, del tiempo una ruina
La sombra de un gran nombre le dió como vecina,
Y gloria en él le dió.

Y mientras que la brisa, errante en los jardines,
Meciendo los naranjos, besando los jazmines,
Suspira « Hernan Cortés, »

En la estrellada noche, adormecida y pura,
El ruiñeñor refiere la última aventura
Del héroe que ya fué,

Como llegó olvidado, buscando asilo y calma,
Bajo un extraño techo, para el dolor del alma,
Y la entregó á su Dios.

Recuerdos y perfumes, un reino que os adora,
Reina de siete abriles, teneis... pero, Señora,
Que nunca tengais dos.

DE DON BRUNO MORENO.

XI

LA CASA DEL HOMICIDA

La casualidad guiaba
Mis pasos á aquella parte,
Que yo amaba la casita
Escondida entre los árboles,
Á la sombra de la iglesia
Que domina el fértil valle,
Porque era blanca y lo blanco
Es el color que me place.

Su interior donde jugaban
Los niños mañana y tarde,
Por sus ventanas podía
Contemplar el caminante,
Y ¡cuántas veces, oyendo
Las risas de aquellos ángeles,
Dije : « Ahí vive una familia
Venturosa como nadie ! »

Pero ningun pasagero
Traspasaba sus umbrales,
Que todos huian de ella
Como de morada infame,
Y era... que allí vive un hombre
Que mató á su semejante,
Y aquel hombre en cada mano
Lleva una mancha de sangre!

XII

NUESTRA SEÑORA DE VALMÉ

El rey Don Fernando Sevilla sitiaba,
Del falso profeta tenaz vencedor;
Del Bétis la riva su gente ocupaba,
Do llaman Tablada, copiosa en verdor,

Allí donde al toro que al circo destinan
En cruel algazara la muerte á arrostrar,
Del prado nativo aun hoy le confinan
El tallo postrero de yerba á pastar.

En tiempos del Santo, distintas funciones
Cristianos y moros solian reunir;
Y al fin del combate contar los varones,
Que á muchos librara Jesús de morir.

El Rey nota, un dia, en fiera batalla,
A sus caballeros la espalda tornar;
Del rico dominio muy cerca se halla
Y *Cuartos* al sitio solian llamar.

Se indigna, y la espada que hoy bello trofeo
Su tumba decora, pretende blandir.
Deslizase el hierro, faltando á su empleo
Y sus paladines Fernando ve huir.

Despéchase entonces y vuelto á Sevilla,
Dirígela un grito de fiero terror.
« Dios, dice, no quiere que el rey de Castilla,
De entrar en tus muros obtenga el honor. »

Mas luego repara la onda cristalina
Que un dia la Virgen le quiso mostrar,
La fuente que, oculta al pié de una encina,
Hasta hoy de Pelayo la suelen llamar.

Turbado el monarca confiesa su falta,
Le pesa en el alma que ingrato dudó.
Juntando las manos pronuncia en voz alta
Un voto sencillo que el cielo escuchó.

« Valme, Virgen Santa, Valme, repitiera;
Inspira al soldado desnudo y ardor,
Que vuelva al combate, si tímido huyera;
Que torne á la liza con nuevo valor.

« Si tomo á Sevilla, magnífica hermita
Do alaben tu nombre del de tu hijo en pos,
Haré se levante, do el pueblo repita :
Bendita por siempre la madre de Dios ! »

El voto aceptaron la Madre y el Hijo
Y un templo al instante del suelo surgió;
Solicito Hernando con celo prolijo
Un moro estandarte del techo colgó.

De Valme la Virgen allí venerada
Los siglos el templo dejó transcurrir;
Mas ¡ ay ! llegó un día que el ara sagrada
No viera una antorcha siquiera lucir;

Un día que el templo ya ruina amagaba,
En brazos un ángel, un fiel tutelar
La Imágen, el Ara, la Enseña lograba
Á las Dos-Hermanas feliz trasladar.

Pero dime ¿es cierto, anciano pastor,
Que guardas rebaños en estas colinas,
Que vaga la sombra del rey triunfador,
Hace ya tres noches, entre estas ruinas?

— No he visto yo sombras, las noches pasadas,
He visto operarios de día bullir,
Mover los escombros, las ruinas sagradas,
Y alegres cantares la atmósfera henchir.

En vano el sol quema su rostro atezado,
El templo de ruinas bien pronto saldrá,
María un Infante á la Infanta ha dado
Y aquesta comarca felice será.

DE DON J. LOSAÑEZ.

INDICE

	Pág.
DISCURSO LEIDO ANTE LA REAL ACADEMIA DE SEVILLA.	5
POESÍAS. — I. Una Virgen de Murillo.	28
— II. La campana y el pasajero.	29
— III. Otra version	40
— IV. El faro de Dios.	42
— V. El pastorcito.	45
— VI. Otra version	49
— VII. El camino de San Telmo.	53
— VIII. Al señor don Fermin de Iribarren.	55
— IX. A los demoleedores del Arco de Sancho Ortiz.	59
X. La casa de Hernan Cortés.	62
— XI. La casa del homicida.	66
— XII. Nuestra Señora de Valme.	68

